

UNA FACETA MÁS DEL DIAMANTE: ENRIQUE ANDERSON IMBERT¹

Rodolfo E. Modern

En Europa y otras regiones civilizadas del planeta, las universidades suelen despedir a sus miembros eminentes con un homenaje felizmente no póstumo. Recibe el nombre latino de *Laudatio*, que sin dejar de ser un justo elogio a los méritos del profesor homenajeado, contiene las expresiones de gratitud y un reconocimiento por tanta energía volcada, a través de décadas, en la enseñanza superior y en la investigación.

Enrique Anderson Imbert, profesor emérito de Harvard, conoce ya varias *Laudatio* que se le han rendido en su país de origen, por lo que debemos más que suponer, afirmar, que estamos en presencia de un hombre ejemplar y excepcional.

La personalidad plural de Anderson Imbert no se escinde, sino que se faceta en diversas superficies y honduras. El diamante de su inteligencia, destinado a otorgar luz, es, sobre todo, un diamante literario. Pero no sólo literario, conviene aclarar. Pues toda enumeración, por merecida que parezca, limita su magnitud, su difusión, su consecuencia. El dicho latino ha acuñado la forma *e pluribus unum*. Le cae a nuestro homenajeado como anillo al dedo. Enrique Anderson Imbert ha consagrado sus energías a ejercitarse en ámbitos diferentes del quehacer literario; está impregnado de literatura. Por una parte, es

¹ El presente trabajo rescata las palabras pronunciadas en el homenaje a Enrique Anderson Imbert, realizado en el auditorio de la Biblioteca Nacional, el 21 de octubre de 1997, y cuya versión preliminar fue publicada por la revista *Letras de Buenos Aires*, Año 18, N° 39, 1998. Agradecemos de manera especial a D. Rodolfo E. Modern esta contribución.

investigador serio y constante; por la otra, en el campo de la imaginación creadora, a través del cuento, proyección predilecta de sí mismo, como de la novela, sus personajes y situaciones se despliegan en una realidad vasta donde los límites se quiebran y las perspectivas se abren insospechadamente. Jamás al modo realista, psicológico, sino a través de un espíritu juguetón, escéptico, fantástico y –el término no debe ser eludido– poético.

Con Anderson, el lector iniciado, culto, no se aburre. Siempre hay citas, alusiones, una finta sorpresiva, un remate asombroso. Porque, entre sus varias facultades, Anderson está dotado de una imaginación creadora de primer orden, activa, aguda, sorpresiva. Que, presumo, lo entretiene en no menor medida que al lector, mediante la aplicación de los mejores recursos del arte, como se diría en el lenguaje artesanal de la Edad Media. Ni siquiera en sus estudios, sesudos, originales, sólidamente fundados, se permite ser fatigoso, abrumador en el suministro de su enorme saber.

Excepto el tipo de poesía que se manifiesta a través de líneas angostas y verticalmente dispuestas, lo ha practicado todo y con igual solvencia, la teoría y la praxis literarias en sus variadas ramificaciones, por ejemplo. Ello, sin abandonar un escepticismo raigal y una conciencia acendradamente kantiana, que aprendió de Alejandro Korn. Pero, afortunadamente, no es sólo un especialista. En su rico modo de ser, la literatura lo obsesiona, pero, a diferencia de tantos de sus colegas, sus meditaciones y lecturas sobre la ciencia, la filosofía, la política, están presentes en algunas porciones no pequeñas de su obra, tan ímproba como proba. Por eso, su tarea de creación propiamente dicha (novela, cuento, ensayo) no contiene mensajes o metamensajes, es un puro y deleitoso objeto estético, que nuestro autor defiende, con uñas y dientes, de cualquier interpretación espuria. Esto sea dicho al pasar y a manera de sumaria introducción.

A lo que en realidad deseo referirme es a Anderson Imbert, miembro de la Academia Argentina de Letras, desde 1975 como correspondiente, a partir de 1978, como miembro de número en el sillón de José Mármol, y entre 1980 y 1986, como su vicepresidente. En las numerosas colaboraciones recogidas a través de los boletines semestrales de la institución, se advierte una línea coherente en el ejercicio de su rigor crítico, como también de su conciencia histórica. Sirvan a título de ejemplo su discurso de recepción, donde el saber acerca de los mecanismos de la narrativa se conjuga con un espíritu travieso,

como los estudios acerca de obras de Ercilla, Alfonso Reyes, Rubén Darío, Battistessa, Max Beerbohm, Ricardo Palma, González Lanuza, Mujica Lainez, Mallea, Sarmiento, Raimundo Lida, Henríquez Ureña, Oliverio Girondo, Cervantes, etc.

Lo menudo, secundario, ínfimo o insignificante no son sus temas, no mueven su pasión. En este sentido, su afán de colaboración con una de las obligaciones primordiales de la Academia es evidente, valioso y constante. Es que Enrique es mucho más que un profesor de los domingos, y uno sospecha que su imaginación creadora trabaja como una forja de tiempo completo, durante casi todas las horas del día y con los más diversos materiales.

Hay, sin embargo, otras cosas que me complazco en destacar. Por lo que sabe, por lo que es, Anderson Imbert podría situarse en un plano de superioridad y mirar a muchos de sus colegas por encima del hombro. Pero un instinto respetuoso hacia los demás lo lleva a ser, invariablemente, sencillo, llano y cordial. A él le cabe lo que Don Quijote, con su saber discreto, le aconseja al trujamán de Pedro, el titiritero: “Llaneza, muchacho, y no te afectes, que toda afectación es mala”. Pero Anderson no ha necesitado del Quijote para ser como es. Su sencillez en el trato sirve de puente conciliatorio en su relación con el prójimo, y jamás he sabido que ninguno de sus colegas se pusiera incómodo con Anderson. Y luego está su invariable actitud. Antes de entrar en las sesiones ordinarias, los académicos se sientan alrededor de una larga mesa, donde los espera un té humeante acompañado de sándwiches y masas. Sin duda, esta es la parte más reconfortante de la convocatoria. Y mientras los demás nos arrojamos unos a otros los últimos chismes extraídos de distintos campos del quehacer literario y no literario, o narramos anécdotas intrascendentes cuyo valor, si es que lo tiene, es solamente momentáneo, Anderson no abre la boca. Esas trivialidades están debajo de su nivel. Y para compensar, se enzarza con el colega de al lado en una discusión donde lo que prevalece es la inteligencia, el mundo de las ideas. Despegado de lo cotidiano, la conversación con Anderson, que es un conversador admirable, según lo comprueba cualquiera que haya dialogado con él, asciende al plano de lo elevado. Y uno se avergüenza, en su presencia, de haber sido tan intrascendente.

Las cosas y los hechos que no se encuentran a su altura intelectual los omite o los ignora. Y uno no tiene más remedio, se enriquece con sus palabras, pronunciadas sin énfasis pero con una convicción

razonada. Aporta otro tono, allí donde está, y eso es digno de agradecerse. El marca lo que una conversación entre académicos debería ser. Y siempre alrededor de sus obsesiones, la literatura, las ideas, la filosofía, la ciencia, la vida del espíritu, en suma. Por suerte, no hay manera de escapársele.

Y luego, otra vez acomodados en torno a una mesa igualmente larga en la sala de sesiones, que es la biblioteca de la institución, los académicos comienzan a intercambiar opiniones alrededor de la orden del día. Anderson mantiene entonces un silencio piadoso. Y elocuente en demasía. Pero apenas se suscita un problema de difícil o imposible solución, nuestro amigo toma la palabra. Con palabras medidas, corteses y un poder de síntesis encomiable, que también se encuentra en sus cuentos, Anderson emite sus argumentos, lógicos, brillantes, irrefutables, sustentados en el sentido común y en una rica experiencia humana. Y todos nos preguntamos en nuestro interior: “¿Porqué no se me había ocurrido a mí?”. Lo sospechamos, pero a Enrique sí se le ocurrió, y con toda la tranquilidad de ánimo, jamás con talante agresivo o siquiera irónico (él, que es tan irónico en su prosa de ficción), asesta sus opiniones como mazazos y, casi siempre, su criterio se impone. Para el cuerpo académico, suele ser, y quiero reconocerlo públicamente, una *ultima ratio*. Definitiva.

Esto es, en resumen, lo que deseaba dejar expuesto. Mostrar al público una faceta más del diamante *Enricus Andersonensis Incomparabilis*.

La vida es, está establecido, lo que uno es y lo que uno hace. Y si se lo reconoce por frutos académicos, nuestro querido Enrique, también, aquí, saca diez puntos en conducta. Con un felicitado por añadidura.